

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8691

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Miércoles 15 Octubre 1897.

LA GRAN ÓPERA DE PARIS Y EL TEATRO REAL.

Cierto que las comparaciones son odiosas, pero lo es también que sea por ignorancia, sea por un patriotismo mal entendido, solemos creer que no hay nada como lo nuestro, y sobre todo en cuanto á soldados, teatros ó iglesias se refiere.

El que esto escribe, sin ser militar más que por sus aficiones, cuenta entre sus dueños uno, en París, por decir y sostener que nuestra infantería es la mejor del mundo.—Digo esto, lectores, para que se vea que no soy patriota desde mi casa, sino que espongo mi vida cuando por mi país es preciso, aunque nadie lo vea, y aunque no tenga siquiera el premio de que mis paisanos, al saberlo, me saluden con más cariño; este es un deber, se cumple y se acabó; pero ya que no puedo ser sospechoso al hablar, permítaseme decir que si en soldados podemos compararnos con el mundo entero, es solo al hablar del valor personal y de su resistencia; otros más competentes que yo os dirán si como ejército lo hay peor, ni más escaso, ni peor armado que el nuestro, esos mismos os dirán que si nuestros templos antiguos son admirables, ni tienen ni pueden tener el culto digno de las parroquias de París, por ejemplo, porque no tienen dinero, ni gusto para hacer otra cosa, porque la más absurda cultura hace que según la disciplina eclesiástica sean pecado é inconvenientes ó prohibidas mil cosas y mil reformas utilísimas que son corrientes y de uso constante en cuanto se pasa la frontera.

El canto de las mujeres (salvo cuando cantan solas) está prohibido en España, ¡qué peccat! y, en cambio, los obispos y los párrocos franceses invitan siempre á sus fiestas á los artistas y aficionados que pueden prestar su ayuda material, sin distinción de sexo; las funciones así comprendidas atraen la gente y pueden inspirarlas dentro del templo; en cambio en España, cuando vamos á esas funciones y el típle comienza á largar un *enjús* ó un *ejús*, es cosa de reírse, ó lo que hacemos todos, de largarnos para no escandalizar al que más feliz ó peor organizado puede aguantar todas aquellas cosas raras y aquella ausencia de piedad, de gusto y de cultura.

Pero basta de digresiones y vamos al asunto.

No hay español de los que llegan aquí que no exclame al ver la gran ópera: «Magnífico, sí; pero no hay sala como la del teatro Real.» Nada más cierto, materialmente hablando; pero por desgracia para nosotros, la sala no basta por sí sola para constituir un espectáculo digno de una corte y de nuestras aspiraciones.

En general, todos los teatros de Madrid son mucho más cómodos y más elegantes que los de París; pero comparar la Gran Ópera con nuestro Real, es lo mismo que comparar aquellas calles y su piso con las de aquí, aquella cultura con la nuestra, aquellos tranvías con los de Madrid, aquel correo con este, aquel orden, aquella comodidad general con nuestros servicios públicos, aquellos fieltos con los de aquí, aquel ejército con el nuestro y aquellos ferrocarriles con nuestras *carriles* carretas.

La comparación es imposible, pues, dejando aparte la sala, tanto más bonita á nuestros ojos, cuanto que siendo siempre el mismo público nos conocemos todos y la reunión es muy agradable, lo demás del

teatro es inmundo é indigno de nuestra corte.

Yo no ataco al actual empresario, el cual harto hace con defender sus intereses, como cada cual hace en el mundo y como cualquier príncipe defiende su trono ó cualquier ministro su cartera. No; yo ataco seriamente al gobierno anterior, que no hizo lo que debía al renovarse el contrato, y al actual si no procura poner remedio, por decoro siquiera, á lo que lealmente hacemos constar aquí.

El estado exterior del pobre teatro Real no puede ser más lastimoso; con aquellos desconchados, aquella fachada sin concluir y aquella suciedad, parece como si hubiese pasado las viruelas; vean ustedes aquellas farolas que le rodean y díganme si se han limpiado alguna vez desde hace seis años...

Pues el aire elegante y limpio de su exterior, es la realidad de su interior; prescindamos de aquel despacho, de aquella contaduría y penetremos en aquellos corredores de la planta baja, por donde la circulación es mayor, y ante todo procuren ustedes llevar bien tapadas las narices. Entremos luego en el famoso salón, *foyer*, ó como ustedes quieran llamarlo, yo lo llamaría *portería*, porque allí los porteros fuman al par que los señores, y allí se escupe por todas partes, confiando á las colas de las elegantes admiradoras de nuestro teatro Real, el cuidado de borrar todo aquello.

Si esto es culto, venga Dios y dígame; más no es esto sólo, es que se fuma en muchos palcos, y hay noches en que aquella atmósfera se masca.

Pero puesto que nuestras mujeres sufren, acostumbrándose á tanta falta de limpieza como sucede en los tranvías y otras partes, consignemos sólo un hecho, y es que los que no nos podemos pasar sin lanzar bocanadas de humo en la mesa, en la cama, en el teatro y en todas partes, lo pasamos muy bien por acá en donde no sucede nada de eso... luego ahí podríamos bien hacer lo mismo, ¿eh?

El teatro Real podría tener elegantes salones de fumar perfectamente cómodos y preparados de tal suerte, que los perfumes de la gente viciosa no llegasen hasta la sala del coliseo; para todo esto y lo demás se necesita que el teatro se concluya, y después que el Conservatorio, mal instalado allí, se mude, pues además de los inconvenientes que dejamos apuntados, un día podrá suceder una catástrofe, allí donde todos los pisos son de madera, donde asiste tanta gente á las clases y donde viven muchas familias.

El día que se quemó el salón del Conservatorio, debió de arder el regio coliseo; esto puede suceder á la hora menos pensada, y no quiero pensar en semejante cosa, pues todo está dispuesto para que la catástrofe sea inmensa.

Aquel escenario verdaderamente de madera seca y de admirables condiciones para la venta, es inútil para todo trabajo á la moderna y además es de fatales condiciones para los artistas que arriesgan su vida todas las noches en medio de corrientes de aire que se perciben hasta en el fondo de la sala.

No hablemos de aquel interior, de los cuartos de los artistas, de aquellos corredores, de aquella rotonda de las pobres bailarinas... cuando veo el *foyer de la danse* de la Gran Ópera de París, me acuerdo siempre de la cocina de una casa de huéspedes.

Ya lo ven nuestros lectores; sin pasión, sin rencor, sin más que la verdad, es preciso confesar que nuestro regio coliseo es por dentro y por fuera indigno de la capital, y bien insuficiente para ser centro preferido de

nuestras reuniones durante varios meses del año.

Desde el punto de vista artístico es aun mucho peor. Creemos, es decir, se cree que la orquesta del teatro Real es la mejor que puede oírse... ¡qué desilusión! quisiera que todos mis compatriotas aficionados oyeran la de París, con doble número de profesores: ¡qué unidad, qué conjunto, qué suavidad, qué instrumentos de cobre!

De coros y cuerpo de baile no hablemos, aquellos son numerosísimos y se renuevan constantemente como las bailarinas, cuyo porte y cuya escuela es lo mejor que se conoce.

No es ya sólo el número de mujeres y su figura, sino su distinción bailando; no solo el gusto con que aquellas masas se manejan, si no aquellas admirables decoraciones, aquellos trajes incomparables y aquel conjunto encantador.

Allí no se mutila obra ninguna y en Madrid no se canta una completa. ¿Quién no haya estado en París puede decir que ha oído el «Fausto» por ejemplo?

Aquí nos extasiamos ante un artista y á él se sacrifica el resto del espectáculo; ese artista cobra una suma fabulosa, y los demás son insignificantes: ningún maestro escribe su obra para eso, sino que cuida solamente del conjunto, sin el cual la obra no existe; en París, no, allí se cuida ante todo de la perfección de la obra, sin cuidarse gran cosa de las estrellas con rabo ó sin él.

Yo asistí á la quinientas representación del «Fausto.» Aquella noche era Gounod mismo quien dirigía la orquesta, cuyos individuos leían más en la batuta del maestro que en los pentagramas; no había en el escenario estrella alguna, y, sin embargo, ¡¡qué ovación, qué noche!!!

Que somos unos pobres, que no podemos pedir gollerías, que allí es siempre un público nuevo, y aquí es siempre el mismo, que allí tiene el teatro 800.000 pesetas de subvención del Estado, y aquí todavía el Estado recibe dinero del Real, que no tenemos en el presupuesto fondos con que atacar reformas urgentes, no sólo en la ópera, sino fuera de ella, etcétera, etc.; toda esto será objeto de otra carta; pero hoy hemos dicho bastante sin que pueda negarse ni la verdad de los hechos ni el patriótico deseo de que se ponga pronto remedio á los males de referencia.

El Marqués de Alta Villa.

(El Resumen.)

LOS ESTUDIANTES ALEMANES.

Prusia en medio de su cultura innegable, conserva rasgos que denuncian la edad media. El duelo es uno de ellos. Allí, los estudiantes manejan la espada tanto como el libro y acaso más aquélla que éste. Dígame la circular que el ministro de Instrucción pública y de Cultos acaba de dirigir á las autoridades escolares, haciéndolas saber que ha ordenado la formación de un expediente para averiguar si son ciertos los detalles que la prensa ha publicado sobre un duelo entre estudiantes.

El duelo se verificó cambiando tres batallas de doce pasos. Los contendientes eran dos muchachos, uno de segundo año y otro de tercero. Ambos han sido expulsados de la Universidad.

Pero nada se conseguirá mientras siga autorizado el duelo ó la espada, aunque sea con punta roma.

Las costumbres escolares son aquí muy raras.

Tienen reuniones que llaman *commers*, y en ellas cantan la canción de la zorra, alusiva á los estudiantes que no se han batido. En estas reuniones se conciertan desafíos, que más bien podrían llamarse torneos.

Los estudiantes se baten porque sí, sin que haya precedido la más mínima querrela, sienlo muchas veces íntimos amigos.

Van al torneo con una especie de peto, y bien resguardado el brazo derecho.

El arma de combate es un espadón cortante, no afilado por la punta.

En esta forma no hoy peligro posible, porque solo queda descubierta la cara.

Lo más que puede ocurrir, y ocurre casi siempre, es que los duelistas salgan con chirlos en el rostro, cuyas cicatrices se consideran honorosas.

Pero conviene saber que los duelos no se conciertan sino de modo solemne.

Como he dicho, los estudiantes viven asociados, bajo la presidencia de un decano que tiene en su poder la lista de sus compañeros, pronto á batirse con el primero que les provoque, y así sucede que cuando un estudiante cree llegado el caso de no verse aludido en la canción de la zorra, lo anuncia al presidente de su grupo quien se presenta al de otro, diciendo que un estudiante de los suyos quiere batirse.

Entonces el invitado saca la lista y nombra al primero que figura en ella. Luego se eligen los padrinos, se busca terreno y se verifica el duelo, que también tiene su reglamentación.

No puede durar el combate más de quince minutos, descontando los descansos necesarios á juicio de los padrinos.

Trascurrido los quince minutos, el presidente da la voz de *alto* y la lucha cesa.

Naturalmente, como en el duelo no hay peligro, nunca termina antes del tiempo señalado y muy rara vez dejan de salir ambos contendientes con heridas en el rostro.

Terminado el lance, los presidentes de grupo tienen la obligación de extender en un libro especial el acta correspondiente, haciendo constar que fulano de tal se batió tal día y recibió ó causó tantas heridas, especificando la extensión de éstas y el sitio.

Con estas formalidades se verifican los duelos entre estudiantes, y así dicen que se sostiene en la raza germánica el espíritu belicoso y caballeresco y el desprecio de los peligros.

LO QUE GANÓ GAYARRE

He aquí la lista de las cantidades ganadas por Gayarre durante su carrera artística: Copiada por un estimado periódico *menamojde* unas notas del célebre tenor: Varesen, 110 francos; Casco, 4070, 110 francos; Traversa, 200; Milán, 200; «Págo», 3.000; Cremona, 1871, 15.000; Roma, 1.500; Génova, 1872, 11.000; Sevilla, 12.000; «Bologna», 7.000; Roma, 1873, 23.000; Padua, 12.000; San Petersburgo, 500; Viena, 1875, 74.000; Palermo, 8.000; Scala Milán, 1876, 32.000; Buenos Aires, un millón; Milán, 1877, 40.000; Londres, 1878, 40.000; Madrid, 20.000; Londres, 1879, 40.000; Madrid,